

das suyas, que la misma Providencia habia conducido allí. Eran estos unos Christianos, que hacia poco habian salido de la carcel por su medio, y á fuerza de dinero, y de recomendacion; habiendo puesto este caritativo hombre una suma considerable de su propio caudal para rescatarlos. Luego que lo alcanzaron á ver, fueron á él llenos de alegría por haberle encontrado. No podian dexar de mostrarle su reconocimiento, pues le miraban como á su libertador. Y en efecto, mientras que los parientes mas cercanos de estas personas, trabajaban en perderlos, entregándolos á los tiranos, y acusándolos de haber derribado un altar de Diana, trabajaba Teodoto en librarlos, habiendo empleado para esto su crédito, su hacienda, sus afanes, y expuesto su vida. El Santo de su parte, no sintió menos alegría de hallar allí esta tropa de Confesores: detúvolos á comer consigo, con el fin de que pudiesen despues continuar mas alegremente su viage.

Hízolos sentar á todos sobre la hierba: y es preciso confesar que el parage era del todo propio para hacerles olvidar sus pasados trabajos. Un cespel fresco, y blando les presentaba una cama deliciosa, para descansar de la fatiga del camino; y una fuente que salia de allí algunos pasos del pie de un peñasco, y que por una reguera coronada de flotes venia á pasar por junto á ellos, les ofrecia una agua clara, y pura para refrescarlos: unos árboles frutales mezcla-

dos de árboles silvestres, les proveían de sombra, y de frutas; y una vandada de diestros ruseñores, que con las cigarras alternaban de quando en quando, formaban un concepto, que no inspiraban al alma sino pensamientos de amor, y de reconocimiento por el Criador de tantas cosas agradables, y no suscitaban sino movimientos inocentes, y permitidos. Suplicó Teodoto á algunos de la compañía fuesen hasta el Lugar á pedir de su parte al Sacerdote, que cuidaba de él, viniese á verle, y convidarle al mismo tiempo á aquella comida de campo, que iban á hacer. Tenia él esta costumbre de no sentarse jamás á la mesa sin que un Sacerdote hubiese echado la bendicion á la comida. Deseaba ademas de esto, recibirla de su mano antes que proseguir su ruta. Los que fueron á el Lugar encontraron al Sacerdote, que salia de la Iglesia despues del Oficio de Sexta. Vino, pues, á ellos, y los halló muy empeñados en defenderse de los perros que los habian acometido. Despues de haber echado á estos animales, que en alguna manera violaban las obligaciones de la hospitalidad para con estos estrangeros; los saludó: y habiendo sabido de ellos que eran Christianos, les pidió con cortesia fuesen á descansar á su casa. Despues mirándolos atentamente, y pasando muchas veces los ojos por ellos, exclamó de repente: ¡Oh! Fronton (porque así es como se llamaba), Fronton, ved aquí cumplido tu sueño. Sí, continuó él, dirigiéndose á estos estrangeros:

ros: yo he visto esta noche en sueños á dos hombres como los que ahora veo: ellos tenían vuestro aire, vuestra talla, y vuestras facciones. Hanme dicho, que habian hallado un tesoro, y que me lo traían; y pues que ya no puedo dudar mas de que seáis vosotros los que me ha hecho ver mi sueño; tened á bien que os pida este tesoro, que debéis poner en mis manos.

Echáronse á reir los dos diputados de Teodoto, y dixeron al Sacerdote: Verdad es, que nosotros hemos hallado un tesoro, que es el admirable Teodoto: si le quereis ver, no aguarda otra cosa que hablaros; pero, Padre mio, hacenos el favor de enseñarnos al Cura de este Lugar. Ya le estáis viendo, les dixo, queridos hermanos míos: yo lo soy. Pero ya estoy impaciente por ver á ese excelente hombre de que me acabais de hablar: vamos allá, conducidme adonde está. Es preciso que me honre esta noche con ser mi huesped: ya me parece que soy reprehensible en dexar tan largo tiempo baxo de unos árboles en el campo á un hombre de este mérito. Púsose al punto en camino, y baxo la direccion de estos dos que le guiaban, llegó al lugar en que estaba Teodoto con los demás compañeros. Fronton, y él se abrazaron con grandes demostraciones de estimacion, y de dulzura: el Sacerdote le hacia al Santo todas las instancias posibles por obligarle á que fuese á su casa con todos los que estaban allí; pero el Santo se escusaba diciendo, que sus negocios le obliga-

ban á volver prontamente á Ancira. Allí es, Padre mio, le decia él, donde está abierta una gloriosa carrera para los Christianos: pero yo, que no me atrevo á poner en la clase de estos generosos Atletas, que combaten por Jesu-Christo hasta el último aliento, debo á lo menos estar en la barrera para aplaudir su victoria. Entretanto, habiendo tomado esta piadosa tropa un ligero refrigerio, que Teodoto habia hecho servir sobre la hierba, cuyo natural verde era realzado por los diferentes matices que formaba el diverso colorido de las flores: el Santo hombre dixo sonriéndose á Fronton: ¡Oh, y qué propio me parece este lugar solitario para edificar una Capilla, y poner en ella reliquias de Mártires! ¿Qué os parece de esto, Padre mio? Del mismo parecer soy yo, respondió el Sacerdote: haced de modo que se puedan recobrar, y dexadme á mí el cuidado de edificar la Capilla; pero es necesario comenzar á tener reliquias antes de emprender la obra. Eso es asunto mio, replicó Teodoto, ó por mejor decir, de Dios: esté pronta la Capilla, que no nos faltarán reliquias: cierta inspiracion mueve mi espíritu, y así no perdais tiempo, disponed el lugar, haced trabajar continuamente en el edificio, porque antes de poco tiempo tendreis reliquias para poner en ella. Diciendo esto, sacó de su dedo un anillo, y dándose-lo al Sacerdote; pongo á Dios por testigo, le dixo, de la promesa que hoy dia os hago, de proveeros de reliquias dentro de poco tiempo, y ese

anillo os servirá de una prenda segura de mi palabra. Después de haberse despedido del Sacerdote, y volvió á tomar el camino de Ancira, adonde llegó por la noche, pero halló en ella todas las cosas en una terrible confusion.

Habia en aquella Ciudad siete vírgenes, que habiéndose consagrado á Dios desde sus primeros años, hicieron un gran progreso en todas las virtudes, guardando inviolablemente la fidelidad que juraron á su Divino Esposo, y conservando con un extremo cuidado sus cuerpos en una pureza que las hacia en algun modo dignas de ser las esposas de un Dios. Prendiólas el Tirano; y empleando inutilmente los tormentos para obligarlas á renunciar el Christianismo, con la cólera en que le puso la generosa resistencia de estas doncellas, las entregó al furor de una perdida juventud. Su avanzada edad, y su rostro, que no era mas que el sepulcro de su belleza pasada, parecian defenderlas de la brutalidad de estos jóvenes; pero, ó fuese que sintiesen cierta arrogante complacencia de violar siete vírgenes Christianas; sea que creyesen por este medio deshonorar á la Iglesia, é insultar al mismo Jesu-Christo; ó sea en fin, que quisiesen hacer su corte al Gobernador: como quiera que fuese, ellos se disponian á hacerlas violencia, quando una de las siete llamada Tecusa, á quien el mas atrevido de la tropa habia conducido á un retrete, se arrojó toda bañada en lágrimas á los pies de este deshonesto, y abrazada á ellos,

ellos, se esforzaba á hacerle mudar de resolución. Hijo mio, le decia, ¿qué es lo que vas á hacer, y qué cruel arrepentimiento no te preparas? ¿Qué satisfaccion esperas sacar de la vergonzosa accion á que te expones con tanto furor? Abre los ojos, y detenlos un poco, si puedes, sobre estos descarnados cuerpos, que la vejez ha marchitado, que las austeridades han enflaquecido, que las enfermedades consumen, y empiezan á reducir en polvo; ¿los crees tú propios aun para el uso del deleite? Estos apagados ojos, esta carne medio muerta, estas arrugas llenas de roña, que setenta años han hecho sobre mi frente, este rostro, que vuelve á tomar la naturaleza, y el color de la tierra de que ha sido formado; todo esto, ¿puede excitar en tí algun deseo? ¿Habías de querer tú ensuciarte con un cuerpo destinado dentro de poco á ser alimento de los perros, y de los buitres? Ah, dexa esos pensamientos tan indignos de tu persona! Jesu-Christo lo suplica por mi boca, te lo pide como una gracia, que espera de tí: si se la concedes, puedes igualmente aguardarlo todo de su reconocimiento. Después desgarrando el velo que la cubría la cabeza, y mostrándole sus canas: Hijo mio, continuó ella, ten compasion de mi vejez: bastante sería el pedirte esto, y acaso demasiado, el pedirte que la tuvieses algun respeto; pero si tienes una madre á quien la edad haya encanecido sus cabellos, haz que llegue á ser contigo nuestra abogada, y que defienda nuestra

tra causa en tu corazón. Quiera el justo Cielo colmarte de sus bendiciones, y oír favorablemente los fervorosos votos que mis compañeras, y yo le dirigimos todas juntas por tí, y por todos esos amables jóvenes que están contigo. Un discurso tan tierno no pudo dexar de hacer su efecto; pues apagó todo el fuego impuro, y grosero, que aquella loca juventud habia mostrado al principio. Y habiendo llegado á ser de repente estos jóvenes libertinos unos hombres racionales, y capaces de sentimientos de compasion, mezclaron sus lágrimas con las de estas siete vírgenes, y se retiraron detestando la inhumanidad de Teotegno.

Supo este hombre con mucho dolor, que estas santas doncellas habian sido preservadas de la vergüenza á que brutalmente las habia expuesto, y que no hallaban sino respeto, y mucha razon en donde antes solo reynaba el instinto, y el furor. No obstante, no quiso que se las remitiese á segunda prueba, contentándose con mandar, que fuesen instruídas en los misterios de Diana, y de Minerva, y que fuesen hechas sus Sacerdotisas. La principal funcion de esta dignidad consistía en ir todos los años en cierto dia á lavar en ceremonia en el lago próximo las imágenes de estas Diosas. Habiendo llegado este dia tan solemne, se pusieron sobre unos carros las imágenes de la gran Diana, y de la sábia Minerva, para conducir las á la orilla del lago; pero tambien se hizo subir en él al mismo tiempo

á las nuevas Sacerdotisas para purificarlas igualmente. Dexáronse ver, pues, las siete vírgenes puestas en pie todas junto á los Idolos: estaban desnudas, y expuestas en este estado á la vista, y á las risas del insolente pueblo. Precedían á los carros dos hombres tocando flautas dulces, y obues, y dos coros de Menades (1) marchaban á los dos lados: sus cabellos estaban esparcidos, todos puestos en desorden, medio erizados, y tenian el tirso (2) en la mano; y llenas del Dios (3) que las poseía, hacian mil gestos extravagantes, cantaban, gritaban, y ahullaban á la manera de los Sacerdotes de Baco. Imagínese el efecto que produciría esta confusion de voces, de instrumentos, de aclamaciones, y de gritos: el ahullido de las Menades, el áspero sonido de algunos instrumentos, el ruido de los tambores, las palmadas, el choque de tantas personas como se empujaban, los gritos de los que caían, y que se atropellaban: en una palabra, aquella terrible multitud que se aumentaba á cada instante por la ridícula, y bárbara curiosidad de ver las vírgenes Christianas, que en el deplorable estado en que se hallaban, eran mas propias para excitar la compasion, y el horror, que una vana, y necia alegría, de que no es capaz sino un vil populacho. Y así los hombres de bien, que se hallaban en el concurso, no

Tom. II. K po-
 (1) Mujeres que celebraban los orgios, ó fiestas de Baco.
 (2) Un báculo rodeado de pámpanos. (3) Baco, ó por mejor decir, del demonio.

podian, aunque Paganos, aprobar una cosa tan contraria á las buenas costumbres, y á la honestidad pública. Unos se compadecian de la desgraciada vejez de estas vírgenes: otros admiraban su constancia, muchos alababan su modestia; y todos viéndolas cubiertas de llagas, deramaban lágrimas á presencia del detestable Teotegne, que seguia los carros, y cerraba con sus guardias esta procesion impía.

Este terrible espectáculo fue el que se presentó á los ojos de Teodoto quando volvió á entrar en Ancira. Estaba sobresaltado viendo el peligro en que se hallaban estas Santas doncellas; temia la fragilidad del sexô; rezelábase de que alguna viniese á perder el valor en aquel abismo de miserias, y de confusion que les amenazaban; pero recurrió á Dios, y le suplicó con lágrimas fortificase á sus siervas en un combate tan peligroso. Habíase retirado para esto á una pequeña casa cerca de una Capilla de Mártires: pertenecía esta vivienda á un pobre hombre llamado Teocarés. Permanecía Teodoto humillado en presencia de Dios con el joven Teodoto su pariente, con Polícrono, sobrino de Tecusa, y algunos otros Christianos que le acompañaban. Habian estado en oracion desde el salir el sol, hasta á medio dia, quando la muger de Teocarés les vino á decir, que las vírgenes fueron arrojadas á el lago. A esta noticia, incorporándose el Santo de la tierra, puesto de rodillas, volvió sus ojos bañados de lágrimas hácia el Cielo: y entre los

diversos movimientos de alegría, de amor, y de reconocimiento que sentia, dixo: Gracias os doy, Señor, de que no habeis desechado la súplica de vuestro siervo, y ni habeis despreciado sus lágrimas, y sus suspiros. Despues informándose mas particularmenté de la muger de Teocarés cómo habia pasado el caso, supo de ella, que Teotegne habiendo hecho nueyos esfuerzos por ganar á Tecusa, y sus compañeras, nada pudo alcanzar de ellas: que las antiguas Sacerdotisas de Diana, y de Minerva, habiéndose adelantado para ponerlas la túnica blanca, y la corona, que son las insignias de su dignidad, habian sido rechazadas con injurias: y que en fin, confuso, y lleno de rabia el Gobernador, mandó que se las atase á cada una de ellas una piedra al cuello, conduciéndolas en un esquife hácia donde el lago estaba mas profundo, para que allí se ahogasen; que este parage á lo mas podia estar distante de la orilla como dos yugadas de tierra.

Teodoto, despues de haber oido esta relacion, permaneció allí hasta la noche, deliberando con Polícrono, y los demas Christianos, sobre los medios de sacar los cuerpos del agua. Al poner del sol, un joven que se habia enviado como espia, traxo la noticia de que el Gobernador puso guardias á los contornos del lago para impedir que los Christianos viniessen, segun su costumbre, á recoger estos cuerpos validos de la noche. Esto afligió mucho á este Santo hombre: parecíale casi imposible el conseguir su in-

tento, tanto á causa de aquellos soldados que estaban de centinelas en las riberas del lago, como á causa de la suma dificultad que costaría el sacar aquellas piedras de aquella profundidad. Habiendo llegado la noche, antes de tomar alguna resolucion, salió él solo; y queriendo entrar en una Capilla cercana, con el título de los Patriarcas, halló que los infieles tenían tapiada la puerta; y así no pudo hacer otra cosa que ponerse de rodillas sobre la fuente de piedra que hay á la entrada, en donde permaneció por algun tiempo en oracion. Desde allí se fue á otra Capilla llamada de los Padres; y hallándola cerrada lo mismo que la primera, se contentó con hacer tambien su oracion en el pórtico. Estando allí, oyó detrás de sí un gran ruido, lo que le obligó á retirarse prontamente á casa de Teocarés. Hallábase fatigado con tanta agitacion, y con tan largo camino; recostóse sobre una cama, donde se quedó dormido. En su sueño se le apareció la bienaventurada Tecusa: ¿Y qué, hijo mio Teodoto, le dixo, te duermes sin pensar en nosotras, y sin cuidar de que estamos privadas de sepultura? ¿Tan presto has olvidado el cuidado que he tenido de educar tu juventud, y de instruirte en el camino de la virtud? Cuidabas tanto de mí quando estaba en el mundo, me respetabas, y me amabas como á tu madre; pero la muerte, bien lo estoy experimentando, quitándome de tu presencia, me ha borrado tambien de tu memoria: ¿y no sabes que un hijo debe hacer

á su madre las últimas exéquias? No permitas, querido mio Teodoto, que nuestros cuerpos sean comidos de los peces: no tienes que perder tiempo, porque es necesario que te dispongas tambien para el combate dentro de dos dias. Levántate, pues: vé al lago; pero guárdate de un traidor. Diciendo esto desapareció.

Entonces despertando Teodoto refirió á los que estaban presentes el sueño que habia tenido, y todos le ofrecieron el seguirle. Lo restante de la noche se pasó en implorar el socorro del Cielo para obtener un feliz éxito. Luego que amaneció, se envió al mismo joven para reconocer el estado de las cosas: se pensaba que las guardias podrían ya haberse retirado, á causa que aquel dia se celebraba la fiesta de Diana. Glierio, este era el nombre del joven, partió con Teocarés; y tres horas despues volvieron diciendo, que los soldados estaban aún apostados. Y así fue necesario dexar pasar aquel dia sin hacer nada. Luego que empezó á anochecer, salieron todos en ayunas, y guardando un profundo silencio, tomaron el camino del lago. Se habian prevenido de hoces muy afilados para cortar aquellos cabos con que las piedras tenian en el fondo del agua los cuerpos que deseaban sacar, y recoger. Estaba la noche oscura, y nublada. Quando llegaron al lugar en donde se llevan los cuerpos de los delinquentes castigados, se sintieron de repente apoderados de cierto horror, que les hizo erizar los cabellos. Nadie despues de puesto el sol se atreve-

ría á entrar en aquel funesto lugar en donde muchos cadáveres penden todo al rededor atados á vigas: mas abaxo están clavadas en la tierra estacas en donde se han fixado otras tantas cabezas: otras mezcladas confusamente con brazos, y piernas ennegrecidas por el fuego, están esparcidas por todas partes: nada es capaz de causar mayor espanto. Teodoto, y su tropa, estaban bastantemente atemorizados, principalmente con una voz que á este tiempo oyeron, diciéndoles: Teodoto, no tengas miedo; pero mas se le aumentaba. Hicieron la señal de la cruz (1), armándose de ella contra los demonios. Pero al mismo tiempo se mostró en el Cielo hácia el Oriente una cruz luminosa, y quitó con esta agradable, y repentina aparicion, el temor que se habia apoderado de su corazon. Se echaron prontamente en tierra, y adoraron hácia el lado por donde se les mostraba esta cruz milagrosa.

Animados con esta vision, continuaron su camino con una firme esperanza de que su empresa tendría feliz éxito. No obstante, la obscuridad era tan grande, que no se veían el uno al otro: la lluvia hacía tan resvaladizo al terreno, que á cada paso se caían: crecían el trabajo, y el cansancio, y apenas se podian sostener. Acudie-

(1) Costumbre antigua de los Christianos de hacer la señal de la cruz, quando se hallaban en algun peligro. Lactancio observa, que esta habia puesto muchas veces en huida á los demonios, y arruinado las ceremonias profanas de los Paganos. *Lib. 4. de los Instit. cap. 27.*

ron otra vez á la oracion, y fueron oidos. Apareció una hacha, mostrándoles el camino: llevábala delante de ellos una mano invisible. En el mismo instante se presentaron á ellos dos venerables, cuyos cabellos, barba, y vestido eran blancos como la nieve; y volviéndose á Teodoto le dixerón: Hermano mio, nuestro Señor Jesus ha hecho escribir tu nombre entre los de los Mártires; este es el premio que da á tu fé, y sobre todo á ese cuidado caritativo que tomas de sus reliquias. El nos envia expresamente para darte aviso, y nosotros somos aquellos mismos que vosotros llamais los Padres. Quando hubiéreis llegado á la orilla del lago, hallareis á S. Sosandro armado de todos los instrumentos: allí está para favorecer vuestra empresa; pero no debiais haber traído un traidor con vosotros.

Llegaron en fin al lago con el auxilio de esta luz, que siempre estuvo encendida mientras la necesitaron. Entretanto el aire parecia todo de fuego: mil repetidos relámpagos seguidos de otros tantos truenos infunden el terror entre los soldados: rómpense las nubes por todas partes, y hacen caer sobre ellos torrentes de una lluvia fria mezclada de granizo, á quien un impetuoso viento azota contra su rostro con tanta violencia, que se quedan como ciegos. Pero no solamente tienen que combatir con los elementos; hé aquí un combate mucho mas terrible para ellos. Preséntaseles un hombre, si es que aquel era un hombre mortal: su estatura es de una talla superior